

SUSCRICION
EN MADRID.

Un mes. 4 rs.
Tres. . . 10
Seis. . . 18
Un año. 34

EL NORTE.

SUSCRICION
EN PROVINCIAS

Un mes. 5 rs.
Tres. . . 15
Seis. . . 24
Un año 46

SEMANARIO DE EDUCACION, MORAL, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

EL DOS DE MAYO DE 1808.

El aniversario de este dia es de eterno recuerdo como el primero y mas heroico suceso de los acontecimientos modernos del mundo y lo será mientras que otro mas notable no venga á eclipsar, tan extraordinario, tan heroico hecho de armas, sugerido por el mas sublime sentimiento de amor a la patria.

Hemos creido que será grato á nuestros suscritores proporcionarles hoy la memoria que escribió para aclarar los hechos de aquel dia el coronel D. Rafael de Arango, entonces ayudante del cuerpo de Artillería, en cuyo destino desempeñó uno de los papeles mas principales de aquel drama sangriento. Sin galas ni alarde de oratoria, cuenta los hechos con la sencillez y franqueza del soldado, y su narracion debe servir de punto de partida para escribir con imparcialidad los sucesos de nuestra lucha con el dominador de la Europa, salvada por nuestro heroismo y nuestra constancia.

Su hijo D. José Joaquin de Arango, en la actualidad teniente del regimiento infantería de Mallorca, ha tenido la amabi-

lidad de facilitarnos estos documentos con los cuales él ha tributado sus respetos á su buen padre y nosotros admiracion y gloria á tan escelente patricio.

La memorable defensa del parque de artillería en Madrid el dia 2 de mayo de 1808, la defensa de un parque de nombre, pues que, solo era una casa particular, descubierta y presentada á tres calles por donde fué vigorosamente acometida, la defensa obstinadísima que sustentaron no mas que 22 artilleros entre oficiales, sargentos, cabos y soldados, y unos 80 paisanos, contra numerosos cuerpos de franceses aguerridos que atacaban sucesivamente; la defensa en que despues de agotados todos los recursos del valor, no se rindieron sino á la muerte los dos hombres extraordinarios que allí fueron á buscarla reflexivamente, para no sobrevivir el cautiverio de su rey, esta defensa es lo principal que me propongo manifestar ahora.

Pero antes de empezar mi relacion, es oportuno decir brevemente cuales son mis títulos para escribir sobre esto; porque no lo hice en otros tiempos, y que motivos me han estimulado, hoy hasta hacerme prescindir del embarazo de haber de hablar de mí mismo.

En Agosto de 1807, me habia embarcado para la Habana, mi destino, en clase de teniente del real cuerpo de artillería: en su travesía me hicieron prisionero los ingleses; cangearonme para la Coruña en setiembre, y á principios de 1808 llegué á

Madrid mi hermano mayor el intendente honorario de ejército don José de Arango, que obtuvo real licencia para llevarme á su lado para regresar á mi referido destino y nuestra patria. Llegué á la capital el día 1.^o de abril, y aunque pude como transeunte escusarme de ser empleado allí, no lo hice, porque ya barruntábamos la ocasion de acreditarnos los españoles, y á la primera insinuacion que me hizo el comandante de artillería don José Navarro Falcon, admiti el encargo de ayudante. Estos fueron los pasos que me condujeron al honor de haber sido testigo de uno de los heroicos hechos de Madrid el 2 de mayo, cual fué la defensa del parque; relacion que puedo hacerla circunstanciada, porque fui el primero que entré en él, y el último que salí; y porque no he podido olvidar mi dia mas interesante; asi por la noble, la justa causa en que me empeñé, como por que en él recibí las lecciones de DAOIZ y de VELARDE, impresas con su ejemplo en mi corazon, y esmaltadas en mi ropa con la sangre del primero. Será imparcial tambien mi relacion, lo que no se dudará en vista de mi desinterés probado con mi silencio hasta ahora, puesto que si no lo hice en tiempo, ni para dar el parte debido á mi jefe, porque apenas pude hacer algunos apuntes en la forzosa sucesion de mis emigraciones, (1) tampoco lo intenté despues; porque temí se me atribuyera á anhelos de ameritarme en lo que hice por deber como soldado fiel de Fernando VII, y por voluntad como español; y ni siquiera cedí á las sugeriones de mi amor propio, aunque fuera muy disculpable la ambicion de ensalzarme presentándome como compañero de aquellos varones ilustres. Y todavia continuara el sacrificio de mi interés á mi delicadeza; pero no debo sepultar en ella el mismo noble propósito del capitan de artillería don Ramon de Salas, autor del *Memorial histórico de la artillería española*, que supongo ser el de manifestar con hechos la importancia y la excelencia del cuerpo, y como he visto que olvidó á los oficiales que estuvimos en el cuartel, cuando nombra á los de un cuerpo extraño, podrá decirse que si la artillería pudo ostentar la peregrinidad de dos héroes en una accion

parcial, debe lamentarse del imperdonable olvido de otros oficiales. Además hay en el capítulo décimo del *Memorial* inexactitudes y faltas de circunstancias que hasta ponen trocada la primacia entre los dos campeones, lo que prueba que el autor no tuvo datos seguros; porque el *expediente oficial* á que se refiere en su página 259, no se compuso de partes oficiales que no pudo haberlos, supuesto que mis compañeros tuvieron que escapar como yo, y sobre seguro falta mi parte que hube de dar como ayudante. Y con estos fundamentos me ha parecido preciso detallar todo lo que sucedió á mi vista en aquel teatro de gloria y desventura: protestando, que muy lejos de proponerme hacer la crítica del *Memorial histórico*, me ceñiré á la sencilla relacion de los sucesos, sin analizar los suyos, sin cotejarlos con los míos, y sin otra mira que la de que el autor enriquezca de verdades su libro interesante, si acaso volviere á escribir conforme á estas palabras de su prólogo. «Trabajando yo despues del año de 1828 en corregir y mejorar lo mucho que necesita el prontuario de artillería que publiqué aquel año con el fin de dar una segunda edicion mas completa de él, se me fueron viniendo á la mano una porcion de noticias históricas, que no teniendo allí su oportuna colocacion, eran sin embargo dignas de conservarse, y esto me sugirió la idea del *Memorial histórico*.» Yo me tendria por muy dichoso y útil si lograra que escitada nuevamente la pluma de don Ramon de Salas, hermosease los hechos que voy á referir.—

Habian trascurrido muchos dias del mes de abril, en los cuales, con mas ó menos accidentes, la lealtad española fué como aquilatándose, y mas indignándose á medida que intentaban minarla con pérfidas manobras los agentes de Napoleon. Así apareció el muy borrascoso dia 1.^o de mayo, que fué el preludio del *Dos eterno*. Al amanecer de esa vispera, los franceses habian repartido un folleto impreso en la casa misma de Murat, con el título de «Carta de un oficial retirado en Toledo,» que trataba de persuadir á los españoles, la «conveniencia nacional de cambiar la rancia dinastia de los ya gastados Borbones, por la nueva de los Napoleones muy enérgicos.» Este paso dado para preparar la opi-

(1) Véase la nota al fin

nion del pueblo á que recibiera con menos convulsiones la salida de las Personas Reales, fraguada para el día siguiente, les produjo un efecto del todo contrario; pues la caída del rayo en un almacén de pólvora, no hubiese producido inflamación mas rápida que la que encendió en los pechos españoles la sacrilega proposición del cambio de dinastía. No es mi designio contar las ocurrencias de aquel día, mayores ó menores, comparadas entre sí, pero todas grandes si se las viera aisladas.

Propóngome solamente dar alguna reseña de la disposición de los ánimos; y para esto bastará añadir á lo dicho el desafío que en la fonda de Genieys hubo de tres oficiales españoles, de los que uno fué don LUIS DAOIZ, contra igual número de oficiales franceses; desafío que no se efectuó en el acto, porque personas prudentes llamadas para padrinos, lo aplazaron, persuadiendo á unos y otros que no debían con una riña particular añadir leña á la hoguera que estaba ardiendo; y diríase que por esta mediación discretísima lo que se aplazó fué la inmortalidad de DAOIZ en mas legítimo, mas duradero y mas reproducido combate. Se pasó el resto de aquella tarde haciendo nuestro deslumbrado gobierno los mayores esfuerzos, no solo para calmar la efervescencia de la población, sino para inspirar la mayor confianza en sus *huéspedes*, que todavía se daba este nombre á las vívoras que en nuestro seno pasaron toda la noche preparando la sorpresa mas infame con que empezaron ese día Dos de Mayo.

Eran las siete de la mañana cuando mi hermano, que me trataba como á un hijo, pues yo tenía entonces veinte años de edad, viéndome salir apresurado quiso detenerme para almorzar, y le advertí que iba temprano á tomar la orden, porque me prometía un día terrible, segun las prevenciones que en el anterior me habían hecho los gefes.—*Adios*, me dijo con la voz anudada, y «acuérdate siempre, que hemos nacido españoles»—Fuíme á casa del gobernador, cuya orden general se redujo á «hacer retirar las tropas á sus cuarteles, y no permitirles juntarse con el paisanage.» De seguida fuí á ver á mi comandante, y lo encontré en la calle ancha de San Bernardo, donde me dió escrita una

orden semejante á la del gobernador, y de palabra la «de que inmediatamente me fuese al cuartel porque ya estaban á la puerta de él muchos paisanos con la pretension de que se les armase, á los cuales debia yo disuadir de su arrojío por cuantos medios suaves me dictara la prudencia;» es de advertir, que desde algunos dias antes, una compañía del tren de artillería de los franceses estaba allí acuartelada.

Partí con la presteza que exigian las circunstancias, y llegué al parque antes de las ocho y media. Efectivamente hallé una pequeña reunion de paisanos, que al reconocermé oficial de artillería me victoreaban, como para estimularme al auxilio del despechado enoje con que venian de ver, sin haber podido estorbar la salida de S. M., la Reina de Etruria viuda, y de S. A. el Infante don Francisco de Paula. Qué denudedo el de aquellos hombres! Mejor dicho. Qué fiereza!.. Porque la rabia de una Leona á quien arrebataron sus cachorros, es la comparación única del furor de los madrileños, cuando sobre el cautiverio de su Fernando recien aclamado, vieron comenzar en aquella salida la infanda permuta de su dinastía. Mi posición en este punto era tanto mas difícil, cuanto que hallé á los franceses, que eran de sesenta á setenta con las armas presentadas y preparadas, que solo esperaban la voz del oficial para descargarlas sobre el grupo inerte de algunos sesenta paisanos (1), y con todo eso, aquellos pocos valientes enfurecidos no cesaban derepetirme victores alternados con insultos y amenazas á los *gabachos*, como los llamaban. En tal aprieto me acerqué al que hacia de comandante francés, le hice ver la mengua de atacar á unos miserables desarmados, y la responsabilidad en que él se pondría con su gobierno, si no se revestia de la discreción necesaria para calmar los ánimos, que era la instrucción que yo sabia habersele dado. Tambien le supuse que la tranquilidad se habia restablecido en el centro de la población, y en tal caso no debía inquietarse por las vociferaciones de aquellos pocos. Logré con esto inspirarle

(1) Nótese que siempre es á ojo mas ó menos exacto el número que daré de hombres, pues no eran de contarse en aquellos apuros, y lo mismo será de las horas.

alguna confianza y salvar por el momento aquellos preciosos españoles.

Algo sosegado yo por esta parte, me fué á lo interior á pasar lista á mi tropa, que solo constaba de diez y seis entre sargentos, cabos y artilleros: número que me desconsoló mucho. Les previne la moderacion que habian de guardar conforme á las instrucciones que yo habia recibido, y mas conforme á nuestra debilidad.

Esto efectuado, volví hácia la puerta principal, y la hallé cerrada por disposicion del capitán francés, que no se aquietaba con toda la superioridad en que estaba situado, y aquí fué donde parecieron desencadenadas todas las furias, intentando romper la puerta por afuera con piedras y palos al son de furibundos gritos de sangre y muerte.—

Al mismo tiempo, y como por encanto, descubrí á un alférez de navío en el patio, que no ví por donde entró. Era un entusiasta de rancio españolismo, que me saludó escitándome á que armara al paisanage, *porque habiendo* (fueron sus palabras), «*locado los franceses á degüello, era preciso decidirse á morir matando.*» Todavía me parece sentir las espinas de mi corazón en este paso. Solo y aislado en aquel recinto de honor, contrastado mi juicio con unas órdenes contrarias á mis sentimientos, observado por una fuerza enemiga dentro de casa, oprimido por mi responsabilidad, que me la abultaba no solo mi juventud inesperta, sino lo complicado y nuevo del lance, y sin haber recibido mas noticias que las de aquel marino tan exaltado. ¿Qué partido habia yo de tomar? No me ocurrió otro que el de meterme cautelosamente en la sala de armas con un cabo y tres artilleros, para poner piedras á los fusiles, ocuparme en otros preparativos, y encargar al animoso alférez de navío que, saliendo por una puerta falsa, fuese de mi parte á decir á mi comandante, que no vivia lejos, el estado en que nos hallábamos. El admitió la comision prometiéndose volver sin demora con instrucciones favorables, con su tema de *morir matando*: y así hubo de sucederle en el tránsito, pues no volvió, y nunca pude averiguar su paradero, ni su nombre digno de lugar en la lista de los próceres del valor y del patriotismo.

Su tardanza me causó ansiedad mayor en el riesgo de que los franceses receláran mi clandestino manejo, sin embargo de que yo habia prevenido á los otros artilleros que estuviesen siempre á la vista de los enemigos; y no pudiendo sujetar mas mi espectacion, recomendé á mi gente que continuase la faena, y bajé al patio sin mas fin que el de desahogar mi inquietud creciente por mas de una prolija hora, en que estuve haciendo de cabeza, no teniéndola yo proporcionable con aquel cuerpo engrosado de las mas altas indicaciones militares y políticas, y en que siempre contando mi poca gente pulsaba la debilidad de fuerzas para entregarme á los ímpetus nacionales que bullian en mi pecho. No: yo no podré bosquejar siquiera el bálsamo consolador en que se bañó mi corazón, viendo á los pocos minutos entrar un capitán de artillería solo: pero era el gran DAOIZ, que me saludó preguntándome *¿qué tenemos por aquí?* No habia yo acabado de instruirle, y nos interrumpió la llegada sucesiva de dos capitanes VELARDE y Consul, y dos subtenientes Carpeña, y otro que era de compañía fija, cuyo nombre no recuerdo, pero si tengo muy presente que por el modo de abocarse estos oficiales de artillería, particularmente DAOIZ y VELARDE, me pareció no haber sido esta su primera entrevista del día. Entró tambien un capitán de granaderos del estado con tres subalternos, (de lo que debido es nombrar á don Jacinto Ruiz) y unos 40 soldados; sin que yo pueda fijarme ahora en los que llegaron antes ó despues. Baste decir que entraron sucesivamente con cortas intermisiones por un postigo de la puerta principal, que por su mano entreabria un oficial francés para reconocer á las personas, y volvia á cerrar con las precauciones de los temores que se les aumentaban por momentos. Bien sabia yo que DAOIZ en aquel acto era el gefe del puesto porque me era conocida su clase y antigüedad; pero, aun si las ignorase, él me habria hecho sentir áquella superioridad que se pinta en la posesion del ánimo, en el fuego de los ojos, en el tono de una voz varonil, y en el porte de su persona, que aunque de pequeña estatura, se paseaba allí con tal gallardía, que representaba un gigante. Acerquéme á él para acabar de participarle todos los

acacimientos; y sin responderme nada y con semblante pensativo se dirigió á la escalera de la sala de armas. Mientras subíamos le noticé la operacion en que dejé al cabo y á los tres artilleros, á lo que me respondió sonriéndose: «Ello es un contrabando, pero al fin hay eso adelantado.» Sacó entonces de su bolsillo la misma orden escrita, que yo habia recibido de nuestro comandante, y me preguntó: «¿Qué quiere usted que hagamos?» Me dió golpe esta perplejidad, á la que respondí «que yo estaba á sus órdenes:» pero despues que oí á VELARDE y á los otros oficiales del cuerpo esplicarse en el mismo incierto sentido, reflexioné que la pregunta de DAOIZ á mí habia sido la expresion de la batalla de su espíritu acosado por la gran responsabilidad que pesaba sobre sí, y como encogido por los pocos medios para empeñar una resolucion estremada, que en lucha tan desigual aventurase á un pueblo noble á sufrir las horrosas venganzas de un enemigo tan fuerte como implacable. No debian de ser menos las sensatas fluctuaciones en que él mismo se embargaba: y era tanto mas admirable su reposada cordura, cuanto que el dia anterior habia procedido como jóven acalorado, precipitándose á un desafio; pero en que arriesgaba su persona sola. Asi fué que no suspendió sus reflexiones la llegada de un gefe de los de la plaza, diciéndole «que el gobierno habia dispuesto armar al pueblo;» pues volviéndose á nosotros nos dijo. — «Este hombre escuando menos un aturrido, bullicioso y nada valiente, á quien no se debe creer:» lo que vimos comprobado en el suceso, porque se mantuvo siempre agazapado, y posteriormente recibimos, como notaré en su lugar, otra embajada del gobierno, que desmentia la de este gefe.

Y DAOIZ, cuya voluntad no mas era obedecida en el parque de artilleria: DAOIZ, que en aquella hora ya no rindiera su obediencia sino á Fernando VII tan solo; DAOIZ, que habria sido menos grande si no hubiera con su meditacion sublimado su valor, se quedó todavia como irresoluto, paseándose por el patio en recogimiento absorto, en que parecia tantear los destinos de la España encerrados en el primer cañon que se disparara contra el coloso que tenia sojuzgada toda la Europa.

Entretanto, los oficiales, pendientes de sus labios, le contemplábamos y admirábamos; el pueblo desde afuera no cesaba de repetir victores al rey y á la artilleria, pidiendo armas con estruendo: y hé aquí, decirse puede, que se nos apareció en accion el héroe: pues si como de aquel nubarron de vivas desprendida una chispa eléctrica abrasase el corazon de DAOIZ, desembainó el sable, mandó franquear la sala de armas, y abrir la puerta del cuartel, dirigiéndose él mismo á ella, de donde jamás se habia separado la tropa francesa en la antedicha amenazante actitud. Entró el pueblo como un turbion y sin causar ni leve daño á los franceses, porque no se defendieron, les arrebató los sables y fusiles. Los que no alcanzaron parte del despojo, fueron á proveerse en la sala de armas, siendo de notar que el mayor número de ellos, no sabiendo usar las de fuego preferian las blancas, y á falta de sables tomaban las bayonetas de los fusiles, arrojando estos al suelo como inútiles. En el mismo tropel en que entraron los paisanos, volvieron á salir sin que bastaran los mayores esfuerzos y aun ruegos de VELARDE para detenerlos, con la mira de ordenarlos y dirigirlos del mejor modo posible. ¡Perdido afán! Consiguó solamente la detencion de unos ochenta mas ó menos, y eso cerrando la puerta. No obstante ese cortísimo número, era de ver á VELARDE como los organizaba y distribuia con tal actividad, que á manera de relámpago parecia presente en todos los puntos. El destacamento francés desarmado se colocó en un rincón del patio en que se creyó seguro, bajo la proteccion de la compañía del Estado, que se mantuvo inmóvil sin disparar un tiro en todo el dia, muy á pesar de sus oficiales y soldados: pero debo decir en justicia, que si el capitán cumplió cabalmente la orden de «no unirse á los paisanos,» t mpoco los contrarió de ningun modo.

Durante la entrada del paisanage, DAOIZ me habia dado la orden de colocar cuatro piezas abocadas á la puerta; y ya listas avisaron unos paisanos que estaban en los balcones, que por la calle de Fuencarral venia un batallon hácia el cuartel. La primera voz de DAOIZ fué la de guardar silencio: VELARDE acompañado de un subalter-

no subió á observar los movimientos de aquella tropa: avisó que eran tan hostiles que ya sobre la puerta se disponian los gastadores á forzarla: y DAOIZ mandó hacer fuego, que produjo tres tiros de cañon, y algunos de fusil que desde los balcones hizo disparar VELARDE. Ya se ve el profundo silencio trasformado en trueno repentino, la puerta cerrada, por cuyas horadaciones les llegaba la muerte, los balcones guarnecidos de fusiles que parecian mas por una buena distribucion, todo esto causó tal sorpresa al batallon, que no fué necesario mas para ponerse en fuga desordenada.... «Victoria por nosotros,» gritaron los paisanos, «que ya van de huida;» y DAOIZ en el momento hizo abrir la puerta y colocar á fuera un cañon, mirando á la calle en frente á la puerta del cuartel, (1) y otros dos en direcciones opuestas, avistando el uno á la calle de San Bernardo y el otro á la de Fuenarral. (2)

A poco rato se observó por la calle de San Bernardo que se reunian los enemigos, y se trabó la pelea como por una hora con mas ó menos teson, segun que el grueso de los franceses se distraia, queriendo hacernos diversion con varios destacamentos por las otras calles; y por último se retiraron escarmentados. En estos tiroteos reconocimos el perdido uso que los paisanos hacian de las bocas de fuego por no saber manejarlas, pues entre otras cosas sucedió que un desgraciado, para dar mas alcance á su pistola hubo de cargarla, segun nos dijeron, *hasta la boca*, la apoyó en su mejilla derecha para hacer mejor puntería, y en su retroceso la misma pistola disparada le voló la tapa de los sesos. En esta ocasion fué tambien que el muy valeroso Ruiz, teniente de granaderos del Estado, se separó de su tropa inmóvil, se presentó gallardamente fuera de la puerta; y allí, despues de haber dado muestras de un oficial valiente, resultó herido en el brazo izquierdo de una bala de fusil; cuyo fatal accidente hizo resplandecer su bizarría, porque no cesó de dar las voces de *fuego artilleros*, hasta que ya desmayado, porque el propio encendimiento de

su sangre hacia mas copioso el derrame, lo cargaron unos paisanos y lo llevaron á dentro. Igualmente quedaron fuera de combate un cabo y cinco artilleros, todos heridos de bala de fusil ó de metralla, de cuya municion careciamos enteramente, porque no estaba allí el guarda-almacén. Tal fué la pérdida que tuvimos en esta refriega, la primera en que resistimos á pecho descubierto. Los paisanos no tuvieron ni un herido, porque no tenian necesidad de esponerse, pudiendo disparar sus tiros perfectamente cubiertos de los del enemigo. Pero notamos alguna baja de ellos; y quiero atribuírsla á la novelaria con que iban por las calles á pregonar proezas, porque ninguno habia dado ni leve señal de miedo.

No duró mucho la suspension de hostilidades, porque á los pocos minutos marchaban ya los enemigos hácia nosotros; (1) y DAOIZ mandó romper el fuego contra un batallon, que con su comandante á la cabeza avanzaba á paso redoblado, y aunque los estragos que le causaba nuestra artillería eran proporcionados al orden de columna cerrada en que atacaba, seguia en su impetuosa marcha, sin hacer caso de sus pérdidas: abriansese boquerones en aquella masa compacta, y como por aluvion se rellenaba y consolidaba. Sin oírseles otra palabra, que su pertinaz *en avant*, ya el intrépido comandante alargaba, por decirlo así la mano para cojer el fruto de su valentía, y se le escondió, convirtiéndosele en ruina, por una ocurrencia que parecia dispuesta en su favor. ¡Prodigiosos suelen ser los resultados de la audacia y de la temeridad! Así voy á presentar el cuadro de unos setenta defensores que éramos entre militares y paisanos, en la calle, á pié firme, sin parapeto, sin una zanja y atacados por un batallon tan osado como aguerrido; que llegó, como era forzoso, casi á apoderarse de nuestro puesto, y que de repente se le cambia el triunfo en una total derrota, en que sufrió pérdidas increíbles de muertos, heridos y prisioneros.

Fué el caso que en aquellos críticos momentos se divisó por la calle del frente de la puerta (2), un capitán de granaderos

(1) De San Pedro, hoy del Dos de Mayo.

(2) En la calle entonces de San José, hoy de Daoiz y Velarde.

(1) Por la calle de Daoiz y Velarde.

(2) Del Dos de Mayo.

del Estado, que á toda carrera venia flameando un p.ñuelo blanco. Suspendióse el fuego á la voz de DAOIZ, y corrió VELARDE á la calle del ataque, para proponer al comandante francés que se detuviera, y sino volveria á romper el fuego. Este mandó hacer alto á su batallon, y para dar una señal de seguridad y confianza, mandó poner los fusiles culatas arriba; y él con tres ó cuatro oficiales se adelantaron como para entrar en esplicaciones. Jadeando y casi sin poder hablar, llegó por fin el capitán y dijo á DAOIZ: «que era enviado por nuestro gobierno para hacerle sentir la indignacion con que habia sabido la locura con que estaba precipitando al pueblo, y esponiéndolo á las consecuencias mas desastrosas....» No sé si tendria mas que decir el plenipotenciario, de un gobierno cautivado, ni cuál hubiera sido la respuesta de DAOIZ; porque nadie pudo hablar mas, interrumpiendo y pasmando á todos uno de los valentísimos que nos acompañaban en traje de *chispero*, que dió tal empujón á uno de los oficiales franceses que se adelantaron mas para oír la embajada, que lo derribó de espaldas y gritó al mismo tiempo, viva Fernando VII, añadiendo por interjeccion cierta palabra condenada á no ser escrita. Estaba en aquel instante mismo con la mecha en la mano un artillero, y sin que nadie se lo mandase, y quizá sin saber él mismo lo que hacia en el arrobamiento en que hubo de ponerle aquella invocacion, dió fuego á la pieza, que aunque cargada con bala rasa tuvo donde cebarse en aquel enjambre de franceses tan á quema ropa, que sobrecogidos se abandonaron al espanto de tal estrago, de modo que los de retaguardia se dispersaron y huyeron precipitadamente, y los de la cabeza que no cayeron imploraron clemencia, rindiendo ó arrojando las armas. Estos, que fueron muchos, quedaron como prisioneros que se juntaron con los otros. Tambien recibimos en nuestro poder al comandante y algunos oficiales, á quienes por disposicion de DAOIZ, que estaba en todo, se trató con el posible decoro. Entre nosotros hubo algunos heridos.

Esta, inesperada victoria, que parecia arrebatada por la virtud sola del nombre de Fernando VII, bien pudiera persuadir-

nos que habiamos no sólomente llegado á la cima de la gloria, sino que en ella descansáramos ya de nuestras fatigas incesantes. Y no parecia descabellada esta esperanza que se fundaba en el destacamento desarmado, en los dos batallones derrotados, y en los franceses dispersos que ya se presentaban á tomar nuestro partido, entre los cuales un sargento de artillería que se entendió conmigo. Pero estas mismas prodigiosas circunstancias que se habian acumulado sobre aquella casa indefendible, que repito, no era tal parque, y los nombres de DAOIZ y de VELARDE, que ya hermanados como por presagio de su próximo vuelo á la inmortalidad, resonaban por todas partes, fueron la causa de que Murat mirase aquel punto como el de mas entidad de la villa heroicamente levantada, y dispuso atacarlo con una columna de unos dos mil hombres á las órdenes de un general.

Los paisanos que á todo riesgo corrteaban para llevarnos noticias, anticiparon las de tan excesivo apresto: y en esta coyuntura se deseaba saber, ¿cuántos y cuáles eran ya los sitiados? ¿Qué pensaban? Qué se prometian?—Eran DAOIZ y VELARDE, que entonces se dijeron algunas palabras de las cuales no percibi mas que los ademanes del ardimiento, con que despues no parecieron graduados mas que de bravos combatientes; que por lo mismo que palpaban la insuficiencia de sus recursos, se mostraban mas poseidos del heroismo con que se precipitaban, ya fuese para recabar de la fortuna los portentos con que ha solido coronar á la audacia; ya fuese para no ser testigos de la dependencia de su nacion. Eran mis otros tres compañeros, que estaban en la expedicion del nuevo tremendo ataque, los mismos que estuvieron siempre firmes y elevados á la altura, no fácil de cumplidos subalternos de aquellos capitanes, era yo haciendo mi papel de ayudante. Eran diez entre sargentos, cabos y soldados de artillería que se portaban como por honor y patriotismo. Eran los poquísimos paisanos restantes harto acreditados de buenos españoles. Tales eran los elementos de que se componian unos cincuenta ó sesenta pechos descubiertos y fatigados, que esperábamos el asalto de mil y quinientos veteranos, frescos y provistos de todas

armas y municiones. Preciso es ser españoles para ser tan tenaces en no torcerse cuando marchan á la gloria.

Entraba ya la columna por la calle ancha de S. Bernardo, y tan luego como la avistó DAOIZ, mandó romper el fuego, que se repitió con toda la actividad del coraje que se renueva en el mayor peligro. El enemigo sin disparar un tiro, marchaba con celeridad tan sostenida que no daba muestras de sentir el encuentro de nuestras balas: bien que graneadas escasamente por la disminucion de nuestros tiradores. Reproducíase así el ardor y el teson de una y otra parte, y así la columna se lanzó hasta diez ó doce pasos de nosotros, sin dejarnos mas resuello que para pocas descargas, de las cuales la última destrozó el caballo del general. No habíamos quedado ileso al pié de los cañones mas que unos treinta entre oficiales, sergentos, cabos, y soldados de artillería y paisanos: no podíamos hacer ya nada, y nos arrollaron hácia dentro los enemigos, tan encima de nosotros que no bien estábamos en la puerta, vimos que la primera subdivision de la columna se habia echado los fusiles á la cara. Tal vez nos hubieran barrido á todos, hasta á los prisioneros franceses, si no se hubiera aparecido el marqués de San Simon, que revestido de todas sus insignias militares, se metió por debajo de los fusiles y los hizo levantar con su voz y su baston. Mas no pudo evitar que saliesen algunos tiros, de los que uno hirió... ¡á VELARDE!... en el centro de su gran corazon.... Cayó súbitamente: pero fué aun mas súbita la feróz rapiña de la soldadesca triunfante, pues por pronto que acudimos, oh dolor! hallamos despojado y desnudo aquel cuerpo que habia sido feliz y precioso depósito de valor heróico y de mucho saber, y que vino á parar... ¡en ser envuelto en el lienzo de una tienda de campaña para llevarlo á su casa!....

Al mismo tiempo de este lamentable suceso, porque todo pasaba con la rápida, la instantánea movilidad del encarnizamiento, el general francés reconvino ásperamente á DAOIZ, que fué lo mismo que escitar y provocar la cólera del Leon. Tal pareció el ceñudo español, que aun tenia empuñado su sable, sin duda con el propósito de que victorioso ó muerto no mas volviese á

la baina: y respondió acometiendo al general, que nada caballero y magnánimo no se contentó con parar el golpe sino que, permitió que cinco ó seis de sus oficiales y soldados acribillaran á estocadas y bayonetazos á su novilísimo adversario. De este modo villano fué como lagraron los franceses teñir sus aceros con la sangre del mas valiente de los valientes que pelearon en aquel dia por la mas justa de las causas. por fortuna su cuerpo no fué profanado; todavia respiraba cuando llegamos á socorrerle; lo cargamos y conducimos á un cuarto inmediato á la puerta, y teniendo yo recostado sobre mi pecho corrió su sangre espirituosa por mi vestido. Su aspecto allí era el de un héroe moribundo, á quien no solamente rodeaban nuestros suspiros, nuestra admiracion, nuestro respeto, sino que algunos de los franceses con recogimiento sentimental se acercaron á contemplarle y ofrecer sus servicios; con tal solícitud que uno de los cirujanos, posponiendo sus propios heridos se ocupó en curar á DAOIZ y hasta mandó á la botica por una bebida que le hizo tomar á cucharadas. Todo fué infructuoso. El alma del hombre del DOS DE MAYO se desmenuzaba ya de su envoltura terrenal: la amarillez sombría de la efusion de sangre habia reemplazado al color de su brio, nunca amortiguado en los peligros, movia poquisimo y sin muestra de congoja aquellos miembros muy ágiles en el combate: de cuando en cuando abria enteros los ojos... ¡unicos enjutos en aquella luctuosa escena!... En tal estremidad lo llevaron á su casa, donde exaló el último aliento de su perseverancia en la lealtad española.

No con todo esto cesaron nuestros sufrimientos, porque en el punto mismo de hallarnos los oficiales de artillería con los pechos llagados de las heridas de nuestro inimitable caudillo, comenzaron los franceses á insultarnos con amenazas, á las que el capitán Cósul, como el mas caracterizado, les respondió señalándoles en el suelo la sangre de DAOIZ.—«Esa era del geje que nos ha guiado.»—Esta salida que debiera desarmar á todo hombre de razon no pareció producir buen efecto en unos vencedores que enconados por los sacrificios inmensos que les habia costado la vic-

toria, ha principiado el mas ruin abuso que se hace de ella, el de acibarar mas la suerte de los vencidos. Pero tuvimos la fortuna que aquel gefe de batallon que quedó en nuestro poder, aquel francés singular, tan generoso como valiente, no solo calmó la ira de sus compañeros, sino que nos consoló diciéndoles: «que él habia sentido la desgracia de DAOIZ como la de un hermano, porque en cuantas acciones se habia hallado no vió mayor denuedo.»

En esta sazón los lamentos de los artilleros heridos me llamaban. Fui á socorrerlos, y un cabo fué el primero que vi. Hallábase tendido en el suelo en medio de un lodoso reguero de su sangre, que aun manaba de la herida cruel que le atravesó una ingle; y cubierto de la palidez precursora de su muerte muy cercana, con voz entera me dijo: «acuda V. mi teniente á quien pueda tener remedio; pues no soy el que me he quejado ni llamado: yo no llamo mas que á la muerte que espero conforme porque muero por mi rey y porque muero en mi oficio.» Muy poco sobrevivió á estas palabras; que oyó mi corazón en una de aquellas conmociones que se reproducen con todo efecto cada vez que se hace memoria de ellas: como ahora me sucede estar oyendo á ese impertérito cabo de artillería, doliéndome de no poder consagrar su nombre, no menos interesante que el de cualquiera de los trescientos espartanos; pues no es dudable que si la puerta de aquella casa la defendieran trescientos como este cabo, los franceses no hubieran pasado en el día aquellas termópilas que les representó la constancia de los españoles.

Varios generales, el comandante de artillería y algunos gefes y oficiales de la plaza llegaron al cuartel, y sucesivamente fueron desapareciendo. La compañía de granaderos de Estado se retiró lisa y llanamente. Mi comandante se fué tambien con todos sus oficiales, sin dar otra disposicion, si no la de «que me quedara allí para la conduccion de heridos y cuanto mas pudieran ofrecerse.» No me quejaré de la imprevisión de mi comandante en dejarme entregado á la muy encendida venganza de unos enemigos que me habian visto con mi espada desnuda contra ellos; porque tal vez se propondria hacerme honor con esta comision; ó en el estupor que hubo de causar-

le la catástrofe que vió consumada sin pasar por las graduaciones que nos familiarizan con los desastres, no previó cuanto mas prudente hubiera sido comisionar á uno de los oficiales que le acompañaban, sin haberse hallado en la acción. Y nada, empero, representé; porque permitaseme el desahogo, yo no era capaz, ni de eludir la subordinacion militar mas arriesgada, sino cuando me llamara la voz mas exigente de ciega obediencia, la imperiosa voz de la independencía y del honor, harto comprometidos en el cautiverio del rey, en la salida de las personas reales, y en la traidora ocupacion de nuestras plazas fronterizas y de nuestra capital.

Ultimamente se retiró el grueso de la tropa francesa, dejando allí unos quinientos hombres. Y volví á quedar solo como al principio, con la grave diferencia de que este segundo aislamiento en día tan desproporcionado á mis alcances juveniles, fué un verdadero desamparo sobre un terreno ya cubierto de destrozos y de sangre, sin oír las vivificantes voces de DAOIZ y de VELARDE, y sin mas libertad que la de un vencido. Un accidente solo hubo para no colmar mi desventura, y fué que encargaron el mando de los quinientos hombres, á aquel mismo noble comandante de batallon que hicimos prisionero, quien no obstante su descalabro, conservó tal reputacion, que el general le confió aquel puesto de tanta mayor entidad, cuanto que en él estaba el depósito de armas y todos nuestros pertrechos. Su primera disposicion fué la de requerir á un corto número de paisanos que se habian refugiado en una de las habitaciones interiores, para que entregaran las navajas ú otras armas que tuvieran ocultas; pero ya aquellos desdichados se habian desprendido hasta de la esperanza de conservar una vida de mucho precio, como escapada entre los peligros á que se arrojaron por su rey. Despues me pidió municiones para dos piezas, de las que sirvieron en su daño, y le respondí que yo no tenia conocimiento de los repuestos ni de cosa alguna que no estuviese á la vista, porque eran muy pocos los días que habia residido en Madrid con licencia. Por fin pude mandar los heridos al hospital, y volvieron los conductores dándome la triste noticia de que en el tránsito habia espirado un arti-

llero, y los otros, que eran seis, quedaban desmayados, los mas de ellos sin esperanzas de vida.

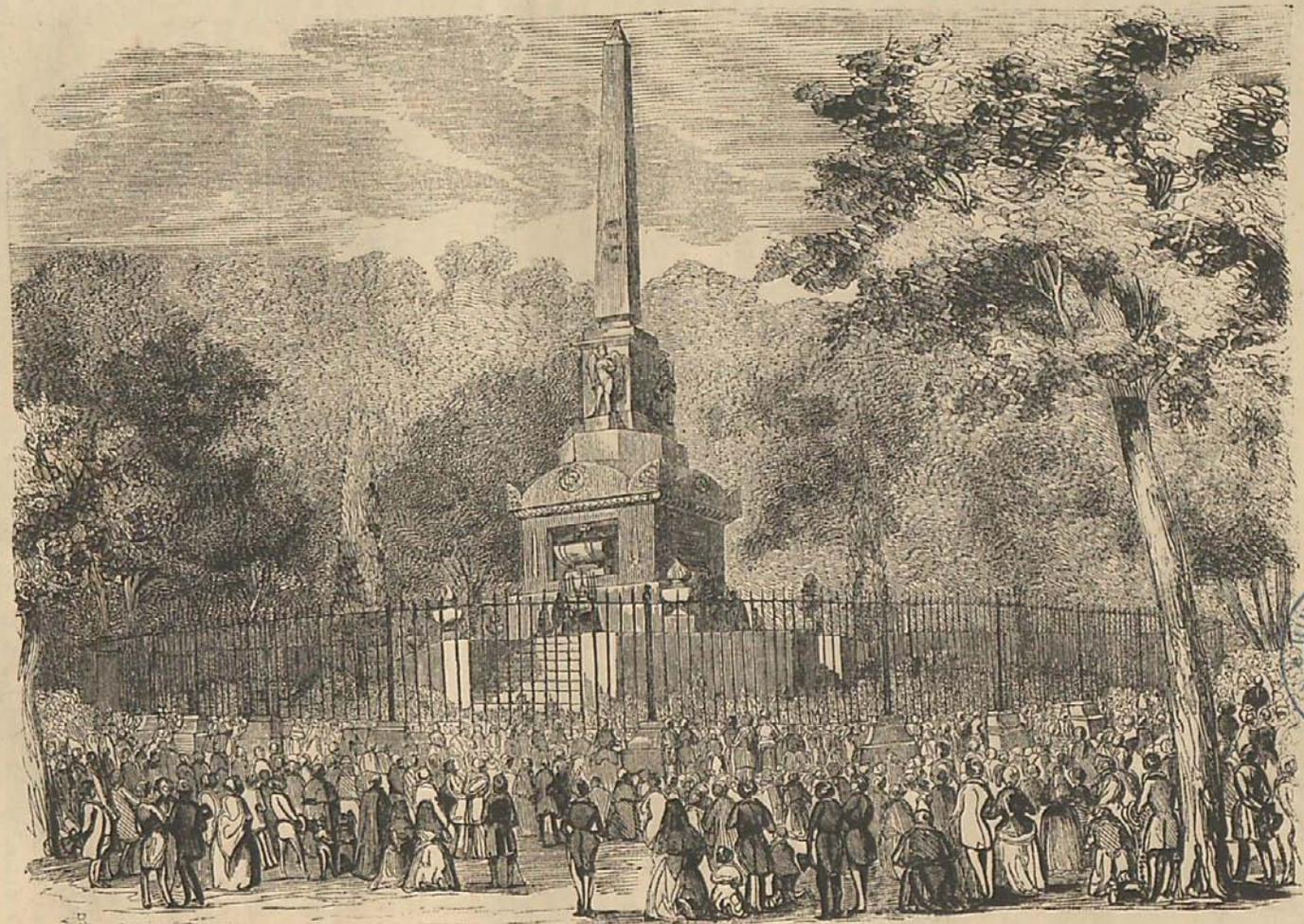
A todas estas, eran ya pasadas las seis de la tarde; y faltándome el alimento de la accion, pude sentir que estaba en ayunas despues de una lucha física y moral de mas de nueve horas: y como la órden de mi comandante estaba cumplida en lo esencial, y no era de permanencia; hube ya de pensar en mí para salir de un sitio, que se me habia hecho muy ominoso de un sacrificio estéril en el patíbulo. Dirigíme entonces al comandante francés, que me trataba como subordinado suyo, y le dije que me permitiera dar una vuelta á mi casa, á lo que me contestó con absoluta negativa; pero tuve la felicidad de no alterarme; y le repliqué dulcemente, representando á su sensibilidad «la cruel incertidumbre en que estaria mi hermano mayor, que era el sustituto de nuestro padre ausente;» y accedió, pero con la condicion de que volviera á su lado sin demora. Así lo prometí de palabra, que en mi intencion estaba resuelto á no cumplirla; aunque asomaba á mi corazon cierto escrúpulo, aun de la necesidad de engañar á un hombre, que por ser enemigo, no era menos apreciable por sus excelentes cualidades, y muy digno de mi reconocimiento por el candor con que me abrió la puerta de la salvacion.

Así acabó en el parque el día de revista doctrinal para toda la Europa, que según predijo un habanero (1), en aquellos momentos «debía estimular el instinto del honor de las potencias amortiguadas por el terror pánico, ó por la admiracion estúpida que Bonaparte les inspirara» así acabó el día en que la historia justiciera descubrirá el primer eslabon de la cadena que remachó en una roca el genio de las batallas: así acabó el día en que las naciones penetradas de asombro, del asombro, pasando á los aplausos, de los aplausos á la envidia y de la envidia á la imitacion, tomaron por modelo el porfiadisimo combate que un puñado de artilleros y paisanos, sin municiones competentes, sin una zanja y sin estar cubiertos, ni con frágiles bardas, sostuvo á pié firme y pecho descubierto arrostrándose

con todo un formidable ejército, que des-tacaba y engrosaba columnas de refresco, á medida que eran derrotadas las que les precedian con asombrosas pérdidas en muertos, heridos prisioneros y estraviados. Maravilla que no se podrá militarmente explicar, ni de otra manera concebir, sino por la mágica influencia de dos capitanes de artillería encumbrados á toda la elevacion de españoles indomables, y que además tuvieron la virtud no solo de infundir su energia defensiva á los que estuvieron á sus órdenes sino la de producir tal pavor á los franceses, que los prisioneros siendo tres veces mas que sus vencedores, ni pensaron fugarse, porque estaban mas atónitos que vencidos. Acabó así el día DOS DE MAYO, lo repito, no hubo capitulacion, no hubo formas de rendicion, no hubo mas que haber caido una masa enormísima de asaltantes sobre los poquísimos que no fuimos inutilizados en las varias contiendas, se deshizo aquel conjunto de héroes, como se deshace y desmorona el muro, que despues de haber represado muchas avenidas, no pudo contener el desborde de un rio caudaloso: pero cuyos escombros desparrramados por la península, sirvieron de advertencia, y de materia para robustecer los malecones con que en Menjíbar, Bailen, Zaragoza, Gerona y en todo el ámbito de la España refrenaron la irrupcion de las buestes acostumbradas á triunfar de los imperios mas poderosos y de las mas indómitas naciones.

Estos han sido los hechos que presencié, cuya relacion he concluido, sin que mi conciencia pueda inquietarse por leve alteracion de la verdad, ni que se me tache de proligidad que debe ser muy grata al interés nacional. Solo tengo la pena de conocer la insuficiencia de mi pluma, porque no puede convertir la escasa animacion marcial de que fué susceptible á las inspiraciones de DAOIZ y de VELARDE, en la animacion oratoria, que me hiciera capaz de presentar tan grandes como fueron esos dos capitanes de la artillería española. Pero me consuelo observando ahora, que su elogio está ya cifrado en sus nombres, nombres que tan acendrados como si hubieran corrido una larga posteridad, basta pronunciarlos, para que en ellos parezcan producidas con bella simonia todas las palabras que espres-

(1) Manifiesto imparcial de los acontecimientos del DOS DE MAYO, escrito por mi hermano D. José de Arango.



sen, y las ideas, y las acciones y los efectos del heroísmo.

NOTA.

Por la narracion hasta mi salida del cuartel, queda probado, que el dia Dos no pude escribir el parte á mi gefe. Y tampoco fué posible el dia tres; porque serian las ocho de la mañana cuando llegó á mi casa un amigo mio, con la horrible noticia de que en casi toda aquella pavorosa noche, habian los franceses fusilado en el Prado á todos los españoles cogidos con armas ó sin ellas durante la accion y despues que cesó: añadiendo, que los oficiales de artilleria del parque, debian ser juzgados, estos, *fusilados*, por una comision militar francesa; lo que no dudaba él porque en su travesía encontró una partida de dragones franceses que llevaba atados tres soldados artilleros. Mi hermano absorto con la idea de que si yo no hubiera salido del cuartel, habria sido victima en el Prado, resolvió sin demora, que saliésemos disfrazados de paisanos á cerciorarnos del hecho. Fuimos á preguntarlo al ministro de la Guerra D. Gonzalo O-Farrill nuestro paisano, cuya respuesta fué decirnos con profunda tristeza. «Esos hombres son capaces de todo.» Seguimos á la casa de mi comandante, para darle noticia de los tres artilleros, y profundizar mas mi negocio; y con aquella su honradez característica me dijo: «que lo ignoraba todo; pero que si él hubiera sido ayer el ayudante del parque, ya estaria fuera de Madrid.» Con estos datos, mi hermano me dejó depositado en una casa de su confianza. A las tres horas volvió, llevándome para disfraz el completo uniforme de alférez de guardias españolas; y así vestido yo, fuimos á su cuartel, donde estaban reunidos muchos oficiales, entre quienes se hallaba de prevencion el actual brigadier D. Gonzalo de Aróstegui, que fué el trazador del plan de mi evasiva. Sali á pié con un compañero de uniforme primer teniente, del batallon acantonado en Vicálvaro. ¡Cuántas circunstancias interesantísimas voy omitiendo para ceñirme al objeto de esta nota! Pero me es imposible no pregonar, que el batallon pasó la noche como sobre la brecha, con la resolucion de morir todos en ella, si me persi-

guiesen los franceses. Yo seria el mas insensible de los hombres, si ahora y en todos los dias de mi vida no recordara con reconocimiento afectuoso la proteccion que debí al cuerpo, que siempre bizarro, sustentador del distintivo de *Guardias españolas*, ha dado tantas glorias á la nacion.

Al siguiente dia, mi hermano temeroso de los pasos resvaladizo de mi inesperienza, llegó temprano á Vicálvaro, y despues de pesar el mal trago de ser tratado, aunque momentáneamente, como *espía*, porque preguntó por D. Rafael de Arango; me llevó á Guadalajara, desde donde habilitándome competentemente, me despachó á efectuar el concierto de nuestra patriótica venganza, que era buscar por la línea mas corta, algun puesto bloqueado por los ingleses, á quienes contáse mi historia, y ofreciese mi espada contra el ya declarado comun enemigo. Pero en mi primera jornada, me alcanzó aquel mismo Aróstegui, que iba en posta á Aragon, y de acuerdo con mi hermano me hizo retroceder á Guadalajara, con la seguridad de que por intercesion de O-Farrill, se habia suspendido el decreto contra los cuatro oficiales de artilleria. Mi hermano escribió á este ministro de la Guerra, que tuvo la animosa generosidad de mandar un pasaporte, para que por Cádiz viniese á la Habana mi destino, como dije en la introduccion de este papel.

Partí por fin; y despues de mil trabajos y rodeos para evitar el ejército de Dupont, que marchaba para Andalucía, llegué donde me recibió el frenesí de muchos sevillanos, que sospechaban traidores á cuantos no habian recibido el bautismo político de manos del padre Gil; y me hallé tan mal parado con una columna de matones, que me llevaban y traian al retcrtero, que hube de consolarme cuando me encerraron en una prision. Omito mis riesgos y aficciones posteriores, para decir, cortando ya esta larga nota, que pasados algunos dias me pusieron en libertad, y el primer uso que hice de ella, fué sin pensar en la Habana presentarme al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños en Utrera, que me admitió en su ejército; allí meditaba los acertados planes que coronó la victoria de Bailen, y desde entonces seguí continuamente en campaña

como oficial de artillería hasta la terminación de la guerra.

Para completar la precedente relacion que debe considerarse como la mas clásica y verídica de cuantas puedan escribirse y como la única que debe servir de testo para comenzar la historia de nuestra independencía, nos parece oportuno y digno de la atencion de nuestros lectores el siguiente extracto tomado del *Faro industrial* de la Habana del 19 de noviembre de 1850.

El 6 del corriente ha fallecido en esta ciudad su patria el coronel de caballería D. Rafael de Arango y del Castillo, caballero de la órden militar de San Fernando y con varias distinciones de la guerra de la independencía, fué hijo del teniente coronel D. Anastasio y de doña Feliciano del Castillo.

Muy temprano escogió la carrera de las armas trasladándose á la península. donde entró de cadete en el regimiento infantería de Granada, estudió con grande aprovechamiento en la academia militar de Zamora al lado de su hermano D. Andrés, cuando ambos se hallaban de subtenientes del mismo regimiento de Granada, este pasó al cuerpo de Ingenieros y nuestro héroe se examinó en Segovia y fué aprobado en clase de teniente de Artillería; en esta clase se le destinó á la isla de Cuba y habiéndose embarcado en la Coruña, el año de 1807, fué hecho prisionero por los cruceros enemigos que lo condujeron á Inglaterra; en seguida fué canjeado y se restituyó á la Coruña donde se hallaba á principios del año de 1808.

Deseoso de abrazar á su hermano el intendente honorario de ejército, D. José, residente entonces en Madrid, vino con licencia á esta capital en los momentos críticos en que se hallaba ocupada por las tropas francesas; y alarmado su patriotismo en aquellos momentos decisivos, aceptó el nombramiento de ayudante

de su cuerpo que le propuso el comandante de Artillería de la Plaza, D. José Navarro Falcon: tan casual incidental proporcionó al jóven Arango, que entonces contaba 20 años, el honor de ser uno de los héroes del 2 de Mayo segun la descripcion sencillísima que acabamos de leer.

Destinado despues de aquel acontecimiento al ejército de Andalucía que mandaba el general Castaños, se encontró en la célebre batalla de Bailen, conduciéndole su destino á tomar una parte muy activa en los dos grandes acontecimientos que indudablemente decidieron de la suerte del hombre extraordinario que tenia sojuzgada la Europa.

Desde aquella célebre batalla, Arango no volvió á envainar su espada hasta que el suelo de la península quedó purgado de la presencia de los invasores. Su vida fué una cadena no interrumpida de combates, de riesgos y de fatigas; prisionero en la defensa de Madrid en diciembre de 1808, logró fugarse, se incorpora al ejército del centro, hallándose en la mayor parte de los hechos de armas gloriosos aunque desgraciados, pero que contuvieron durante un año á los enemigos en su porfiado empeño de invadir las Andalucías.

Vencido nuestro ejército en la aciaga jornada de Ocaña, y ocupada la Mancha por la tercera irrupcion de las huestes de Napoleon despues de su feliz campaña del Danubio, tuvo nuestro ejército que buscar su salvacion en la isla de Leon, desde cuya linea volvió á tomar la ofensiva, y en todos aquellos hechos de armas casi diarios durante el año de 1811, se encuentra Arango distinguiéndose en las acciones generales del Portazgo donde fué herido, y en los del cerro del Puerto Vejer y Pinar de Chiclana, en la cual fué particularmente elogiado por la acertada direccion de los fuegos de la batería que mandaba, segun lo acreditan los atestados de los generales mas célebres de aquella época.

Despues de la batalla de Chiclana, pa-

se destinado al segundo ejército que mandaba el general Blake, y que ocupaba el litoral de Murcia y Valencia.

Al firmarse la paz se encontraba nuestro héroe de capitán graduado de teniente coronel y deteriorada su salud con una vida tan agitada.

En 1820 se le nombró teniente coronel efectivo de caballería, con destino á Guatemala, donde no pudo llegar por los sucesos políticos de aquel país, y cada vez mas decaida su salud, pidió y obtuvo su retiro.

Su excesiva modestia puso siempre una decidida resistencia á las insinuaciones de sus amigos, para que ya que no exigiese del gobierno la recompensa del eminente mérito contraído el dos de Mayo, publicase á lo menos la historia de los hechos y reclamase la parte que en la corona discernida por la patria y por el mundo á Daoiz y Velarde, pertenecía en justicia al que fué el primero en ocupar el parque, y en hacer frente á los riesgos que allí se acumularon, el primero en prever la necesidad de atacar ó defenderse y preparar los medios, así como fué el último en abandonar aquel teatro de sangre y de gloria. Sus principios severísimos no le ofrecían en la muerte del militar de cualquier modo que ocurriese, y en los peligros á que se esponía, otro mérito que el de un simple deber cumplido. Los peligros y la muerte no eran mas á sus ojos que el pago de una contraída deuda de honor, que ningun derecho daba á otra retribucion que á la que resulta de la convicción de haber obrado bien y hacerse digno de los ascensos regulares en su carrera.

Establecido por fin en su patria se dedicó esclusivamente á la agricultura en una hacienda que habia heredado de sus padres, limitando sus relaciones al círculo de su familia y amigos, que admiradores de su instruccion y de su afable y modesto carácter, respetaban en él, al veterano denodado y al virtuoso patriota. Con la muerte de este

militar ha perdido la nacion al último héroe de las glorias del 2 de Mayo en que tanta parte tomó y que indudablemente hubiera quedado sepultado en el olvido, si su hijo D. Joaquin, teniente del regimiento de Mallorca, digno sucesor de aquel por su valor acreditado en la última campaña de Cataluña, en la que fué premiado con la cruz de S. Fernando, no nos hubiera proporcionado los documentos originales á presencia de los cuales hemos formado esta sucinta relacion.

A LA MEMORIA

DEL CORONEL.

DON RAFAEL DE ARANGO.

Héroes de Mayo, si el brillante día
que de gloria y honor disteis al mundo
No me escuchais cantar como solia:
si en el dolor profundo
que su grandeza sin igual me inspira,
mi desacorde lira
unir pretende á vuestro nombre augusto
la vencedora fama
del inclito varon, del varon justo
que vuestra gloria sin cesar reclama;
no será de vosotros menos digno
mi generoso intento
pero si acaso el inspirado acento
del cisne peregrino (1)
de alto renombre y de estorzado aliento,
me niega mi destino,
vosotros ¡haya! que en la imperial morada,
desde el trono de nubes encendido
contemplais las miserias de esta nada
en donde la virtud vive ignorada:
donde el mérito muere oscurecido,
prestadme vuestro influjo soberano,
dad á mi voz el noble poderio
del genio sobrehumano,
y alzándose inmortal el canto mio,
los claros hechos, la virtud gloriosa
del que fué vuestro hermano,
y en esa lid heroica y espantosa
el primero tambien, hará que el bueno
de gloria henchido y de entusiasmo lleno
coloque en vuestro túmulo sagrado.
— Vosotros ¡ay! que en las supremas horas
que á la tormenta popular preceden,
en esas de venganzas precursoras,
contra el francés alarde
le visteis el primero
blandiendo altivo el vengador acero,
intrépido Daoiz, bravo Velarde,
vedle cual vuela á comenzar la obra

(1) D. Nicasio Galleja.

que á vuestros pechos reservara el cielo,
 y que hoy su nombre hasta el cémit levanta.
 ¡Basta ya de baldon, de injuria tanta!
 Ya ardiendo en ira vengador recobra
 su aliento sin igual el castellano:
 ya en sangre tinta la feroz mirada,
 sigue á la inquieta mano
 de furor solo y de venganza armada.
 Y ya como precede al terremoto
 sordo rumor que de pavor nos llena,
 ó cual lejano rabramar del Noto,
 ronco el rugido popular resuena.
 Váno es el declamar, vano es el ruego,
 el popular torrente desbordado
 como el destino incontrastable y ciego
 contra el furor del enemigo fuego
 se lanza desbocado.
 Y en vano, en vano contener procurán
 del indómito Leon la régia saña;
 en vano los traidores aseguran
 que aun puede libre respirar la España
 que á merced de los vándalos se mira.
 Ardiendo Arango (1) en generosa ira
 vuela del parque á la gloriosa arena
 tumba de buenos y baldon del Sena,
 y respondiendo al belicoso intento
 que sus instintos generosos guia,
 bajo el ronco metal de la armería
 hace temblar el duro pavimento.
 De independencia el corazon sediento,
 las rotas armas con ardor repara,
 acude á la cureña
 torna los hojos al vendido muro,
 y con valor seguro,
 al aire dando la española enseña:
 «Si este no es mi deber, tranquilo eselama,
 el deber que está escrito en mi conciencia,
 y que la patria sin cesar reclama
 «es luchar por la santa independencia.»
 Dijo: y apenas su esforzado acento
 se pierde entré el estrépito violento
 que al ronco grito de esterminio y guerra
 hace temblar la combatida tierra
 Daoiz (2) blandiendo la inmortal cuchilla
 grita con voz tronante:
 «Los tiranos atrás, gloria á Castilla.»
 La espada fulminante
 rauda centella en vuestras manos sea.
 No haya tregua ni paz; hasta el amago
 lleve do quier la destruccion y estrago,
 y antes que el brazo, desprendido, inerte
 cansado de matar sangriento espíre:
 cubierto ¡oh Dios! ante mis hojos mire
 de enemigos cadáveres el suelo:
 no haya tregua ni paz, á la venganza.
 Antes que al sufrimiento, á la pelea;
 antes que á la coyunda á la matanza;

(1) Don Rafael Arango, teniente de artillería y ayudante el día Dos de Mayo, fué el primero que penetró en el Parque y el que mandó poner las piedras á los fusiles y preparar las armas. Poco despues llegó Daoiz, tomó el mando y abrió al pueblo las puertas del parque.

(2) Daoiz, Velarde y varios oficiales llegaron despues de Aragon, y cuando este dijo al primero que habia preparado todas las armas, Daoiz le contestó sonriéndose. Hé ahí el primer contrabando. En seguida se detuvo un instante pensativo, y tirando del sable se dirigió seguido de todos los oficiales á las puertas del Parque que franqueó al pueblo, á pesar de los franceses que las guardaban.

y el nuevo sol alumbre la victoria,
 ó el universo en nuestras tumbas vea
 cómo se alcanza la española gloria.

No dijo mas: la castellana furia
 la voz ahogando en los heróicos pechos,
 ante el baldon de su doblada injuria
 á mas que humanos hechos
 contra el poder del vencedor de Jena
 se lanza desenfrenada,
 y en vano con doblados escuadrones
 las espantadas águilas del Sena
 se oponen á las huestes desarmadas,
 que diezman sus legiones
 en cien y cien batallas veteranas.
 En vano de sus triunfos la carrera
 invocan sin cesar, por vez primera,
 vencidas por las huestes castellanas,
 los lautos contra el mundo conquistados
 marchitos en las rocas carpetanas
 cayeron por el suelo destrozados.
 Ya no hay piedad, al vértigo horroroso
 de noble lid y de campal matanza
 sucede el alevoso
 intento do la pérfida asechanza,
 y contra los decretos del destino
 bajo el golpe del bárbaro asesino
 triunfando muere el héroe sevillano.
 Día de execracion y oprobio eterno
 para el traidor cobarde,
 y de gloria inmortal para los buenos
 que con Daoiz y el inclito Velarde
 sellaron con su sangre la victoria.
 Y tú tambien, de inmarcesible gloria
 la noble frente sin cesar velada,
 inclito Arango, existes en la historia
 de esa inmortal jornada,
 tú en cuyos brazos reclinó la frente
 moribundo Daoiz; tu augusto nombre
 rodando sin cesar de gente en gente
 llevará hasta los siglos venideros
 la fama de los buenos caballeros.

FRANCISCO ORGAZ.

A LA MEMORIA DE D. RAFAEL ARANGO, AYUDANTE DEL CUERPO DE ARTILLERIA EL DOS DE MAYO Y COMPAÑERO EN EL PARQUE DE LOS INMORTALES DAOIZ Y VELARDE.

Tu cuarto lustro alumbra EL DOS DE MAYO. Arango, y de valor sublime alarde haces, lanzando al opresor el rayo del patriótico fuego que en ti arde. De guerrero en el parque noble ensayo tuviste con Daoiz y con Velarde, y compañero en lid de tanta gloria, tu nombre al suyo enlazará la historia.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

DOS DE MAYO.

A la memoria del Coronel Don RAFAEL DE ARANGO, ayudante de artillería en aquella jornada.

Codrus pro patria non timidus mori.

Alabanza y laurel á los varones
De vida honrosa y hechos eminentes;
Timbres de las naciones,
Y admiracion de la futuras gentes;
Que al recordar su merecida gloria
Hacen grata y durable su memoria.
Así tu nombre, Arango esclarecido,
Perdurable será, porque la historia
En su libro dorado,
A la posteridad le ha transmitido,
Y, ya está emancipado
De las oscuras sombras del olvido.
En el día de espanto,
De angustias y dolores,
Que de sangre y de llanto
Brotaron salpicadas,
Del claro Mayo las hermosas flores;
Y se vieron transidas y ultrajadas,
Con bárbara fiera,
Las gracias de la púdica belleza;
Arango valeroso
Al frente de sencillos ciudadanos
Luchó, como lucharon
Los pechos varoniles y leales,
No con hombres, con furias infernales,
Por rechazar el yugo ponderoso,
Que un soldado dichoso
Destinó con frenética osadía
A un pueblo helicoso,
Que nunca conoció la cobardía;
Altivo y confiado
Mecido en la ilusión de la esperanza,
Cuando se vió burlado
Furibundo gritó: muerte y venganza.
Y aquel coloso de poder, sentado
En su trono de hélicos trofeos
Se decía: he triunfado,
¡Ay del que no se humille á mis deseos!
¡Insensata jactancia!....
Que ya se prevenía
La raza de los héroes de Numancia
A una tenaz y viva resistencia,
Para salvar su augusta independencia,

Sus patrios usos y sus santas leyes,
Y el trono abandonado de sus reyes.
Y el mónstruo de la guerra,
Desde el llano á la sierra,
Desde la sierra al artesón dorado,
Y desde el campo inculto al cultivado,
Comenzó á vomitar sangre y horrores;
Ira, furor y desastrosa saña
Contra los invasores,
Que osaron como viles y traidores,
Manchar el suelo de la bella España.
La tropa de la Fama
A cada triunfo esparce por el viento
Nombres queridos, y valientes llama
A los bravos guerreros que vencían;
Y á los que ardiendo en la sagrada llama
Del patrio amor, luchaban y morían
Lauros y bendiciones los cubrían,
Y el ilustre cubano
Que unió su suerte á la del pueblo hispano,
Mas de una vez por ínclitas hazañas,
Recibió de Belona,
Ya una palma, un laurel... una corona.
Las águilas del déspota temblaban,
Los galos y españoles se batían,
La humanidad y la razón lloraban,
Y los estragos de la lid seguían.
Pero sonó la voz altipotente
Del Destino, que dijo conmovido;
Basta de horror, á España la victoria;
Renombre eterno á la española gente,
Y humillado y vencido
El gigante del Sena,
Vaya á dejar su manifiada gloria
En la roca letal de Santa Elena.
Así acabó la lucha portentosa
Que pudiera pasar por fabulosa
En la futura edad; pero la vieron
Hombres, pueblos, naciones,
Y en los fastos del mundo la escribieron.
En carro de oro, con la faz serena
Y en prospero camino,
Iba España ostentando,
De magestad y de hermosura llena,
«Su cetro de oro y su blason divino»
Cuando, súbito, llora y se estremece,
Y su congoja crece....
Porque vió que sus hijos desgraciados,
En opuestas banderas se batían
Porque triunfase lo que mas querían....
Silencio, lira.... quejas al olvido;
Que recuerdos fatales
De dulces bienes y de amargos males,
Dejan el corazón mas dolorido.
Pero con tono blando,

Que de leite enseñando,
 Canta, que en la contienda fatricida,
 A riesgo del honor y de la vida,
 Del noble Arango defendió la espada
 El sólio de una virgen coronada.
 Y cuando de la paz brilló el lucero,
 Atravesando los cerúleos mares
 Se fué á exhalar su aliento postrimero
 Al grato asilo de los patrios lares.
 ¡Ah! si hollara de Cuba las orillas!
 Inspirado de un alto pensamiento
 Esclamaría con sentido acento:
 ¡Salud reina inmortal de las Antillas!
 Por el sol coronada
 En trono alzado sobre el mar profundo,
 Y joya hermosa para bien guardada
 De la que fué Metrópoli del mundo.
 Dejame què con labio religioso
 Clame: paz y reposo
 A los manes de Arango denodado;
 Y como prendas de dolor, tributen
 En la tumba que guarda sus despojos,
 Flores mis manos, lágrimas mis ojos.

ALZAYBÁR.

Madrid 24 de abril de 1853.

— — — — —

España que abatida
 y en miserable vida
 sufre carga ominosa
 con que al galo feroz gravarla plugo;
 de su ley y poder siendo juguete,
 cansada de sufrir, rompe animosa
 tan férreo y torpe yugo
 y al infame invasor fiero acomete.
 A los gritos de guerra
 retiembla ya la tierra
 y del preñado bronce el eco zumba;
 blandiendo sable y lanza
 en terrible matanza
 el águila rapante se derrumba.
 Sangre, rabia, furor, alienta el pecho;
 no hay español que su rencor profundo
 encuentre satisfecho:
 quien empuña el fusil y quien la espada,
 quien leal sin segundo
 por patria tan amada
 ansía de cualquier suerte,
 hallar luchando «Libertad ó muerte.»
 ¡O tú, Arango animoso,

hijo de Macacar esclarecida!
 tú hollaste la atrevida
 tropa soberbia del varon coloso,
 que quiso domeñar la altiva frente
 de Mantua, que gozando
 de la paz y su dicha regalada,
 fué sin sentir postrando
 á tan manera gente
 su enherguida cerviz bajo su espada.
 Con beligeró arrojo
 de Velarde y Daoiz fiel compañero,
 tu ardiente corazón venganza clama:
 trueno el cañon certero,
 y con rápido enojo
 terrible muerte por do quier derrama.
 El agudo clarín vibra sonoro,
 de su letargo el español despierta,
 y el arado trocando por la lanza,
 á la aguerrida bueste se avalanza
 en desigual reyerta,
 de rabia henchido cual rugiente toro;
 como Leon, que en la abrasada arena
 al gladiador divisa prevenido,
 le observa mesurado
 da un fuerte resoplido
 sacude su melena
 y de esperar cansado,
 entre nube de polvo que levanta
 del gladiador desgarrar la garganta.
 A tu grito la guerra,
 se enciende por do quier enfurecida;
 por cada labrador, brota la tierra
 un armado guerrero
 que ofreciendo su vida
 por tamaño baldon y gran ultrage,
 jura vengar sincero,
 tanta ofensa con bélico corage.
 ¡Ay! si en conquistar te places
 soldado de ventura,
 en España hallarás la sepultura
 cabe la huesa de tus recias haces;
 miralas sucumbir: escrito llevan
 sobre su osada é inmarcesible frente,
 Lodi, Jena, Austerlitz signo reciente
 de esas batallas que denuedo prueban:
 miralas sucumbir: vé á tus legiones
 diezmadas por indómitos varones

FELIPE TRIGO GALVEZ.

— — — — —

Imprenta de D. José Villetti, calle de
 S. Nicolás n. 43.